

LO QUE NO DEBE SER

José Laborda Yneva

Arquitecto y crítico de la arquitectura

Con los tiempos que corren, escribir un ensayo sobre la ciudad postmoderna es, en cualquier caso, una doble aventura. No es mi costumbre tratar de los libros cuyo contenido no me resulta atractivo, aunque puedan resultar reveladores; prefiero dejarlos pasar como una forma de crítica moderada hacia los temas que tratan. Pero, en este caso, el componente descriptivo de la sociedad postmoderna que este libro contiene y el posible provecho que pueda obtenerse de ello me inducen a tomar parte, por si es posible todavía advertir sobre tan detestable asunto.

De sobra sabemos que el postmodernismo, como tendencia expresiva referida a la arquitectura, tiene su origen en la manipulación. Se trata del hastío derivado de la costumbre de no saber qué hacer con la abundancia. Es natural que esa tendencia enfermiza haya prosperado en países sin cultura demostrable, como lo son los Estados Unidos de América, o en ciudades europeas que, como París, están hartas de precisión urbana y han dedicado enormes extensiones a instalar en ellas episodios partícipes de la arquitectura postmoderna. Ambas acogidas son posibles; la primera –la americana– por falta de criterio sobre los motivos reales de la cultura arquitectónica; y la segunda –la francesa– por esa tendencia que a veces tiene lo culto hacia lo esnob, necesitada de demostrar sus vínculos con el presente efímero.

Hay varias formas de actuar cuando no se sabe qué hacer. Una de ellas es la que se produjo en las últimas décadas del siglo pasado, cuando el estilo se debatía en la duda sobre su sucesión y los arquitectos optaron por recuperar las formas de la historia, hasta que la razón de lo lineal consiguió imponerse sobre la superfluidad del ornamento. No estuvo del todo mal aquello, aunque a alguien pueda no gustarle del todo por lo que de signo de decadencia tuvo. Era una salida honrada: recuperar la historia, aunque mediante sistemas constructivos diferentes, con usos distintos y con presencias abundantes. Seguramente, para que el estilo encontrara el camino del siglo XX fue necesaria la confusión histórica de entonces.

La manera contemporánea de hacer sin saber lo que se hace es la llamada «postmoderna», surgida del hastío, de la decadencia de lo moderno. Pero en el postmodernismo interviene un factor diferente al decimonónico, el consumo, la exaltación del capitalismo como aura constante de la sociedad contemporánea. Puestos a consumir, la cultura postmoderna decidió consumir también la historia, manipularla hasta extremos inconcebibles, hacer de la historia de la arquitectura un motivo de sarcasmo. Tiene poca gracia eso, la arquitectura ha sido humillada como nunca antes, las ciudades postmodernas se convierten en contenedores del vacío epidérmico de una socie-

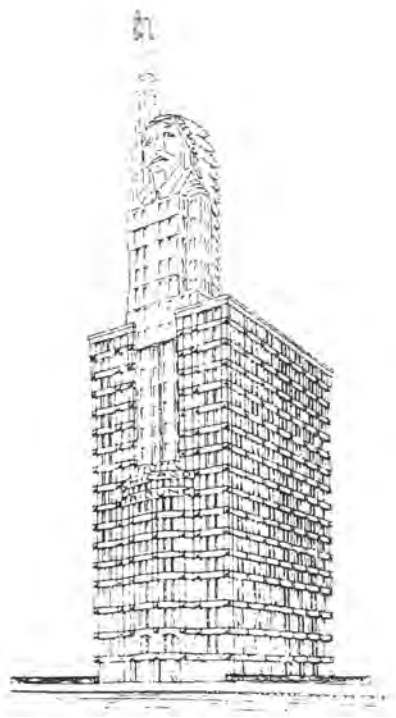
125

dad en descomposición, en una hipotética consecuencia de la historia que no consigue sino sonrojarla. No hay razón en la sinrazón, no puede haberla, eso queda para quienes pocas veces la tuvieron –como ocurre con los falsos profetas de la modernidad– ni en arqui-

tectura ni en casi nada. Tal vez este libro sirva de aviso de lo que no debe ser, del límite de la decencia.

■ GIANDOMENICO AMENDOLA: *La Ciudad Postmoderna*, Celeste Ediciones, Madrid, 2000. 379 páginas. ■

126



H. Mossdor, H. Hanu, B. Busch: Proyecto para el Chicago Tribune Building (1922).